

2021

Hyères y otros poemas

Angelina Muñiz-Huberman

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>

Citas recomendadas

Muñiz-Huberman, Angelina (April 2021) "Hyères y otros poemas," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 93, Article 10.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss93/10>

This Angelina Muñiz-Huberman: Una Voz Inconformista is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in Inti: Revista de literatura hispánica by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact dps@providence.edu.

Angelina Muñiz-Huberman

Hyères

Hubiera querido,
antes de nacer que es antes de morir,
estar en Hyères.

El 29 de diciembre nací en Hyères
y cinco días después
empapaba de llanto el tren
que de nacer me llevaba a morir.

Porque al origen no se regresa
porque al mar no se vuelve.

Cinco días con el oleaje de fondo
y espuma de silencio.
Cinco días con los pinos
clavados en la arena.

Perseguí Hyères:
quién ha estado:
quién lo invoca.

Si existe Hyères existo yo
Si está en el mapa estoy yo.

Lucano dice que en sus aguas
pelearon romanos contra griegos.
Paul Klee que padeció mi enfermedad
-la del alma y la del cuerpo-
estuvo allí días pintando.

Quién más,
quién más ha estado en Hyères.

Cómo hubiera querido,
pero cómo no estaré

Antes de morir
que es antes de nacer.

Reconciliación

Y un día acepté el paisaje.

Las montañas,
siempre las montañas.
El lago del recuerdo,
que hubo,
que ya no hay.
Los volcanes al oriente,
los volcanes siempre.
Los volcanes al oriente,
la punta de nieve,
ya blanca, ya breve.
El sol que se pierde en ella.
Árboles lejanos,
de tan lejanos,
olvidados.
No hay agua que corra,
no hay agua que brote,
sólo el agua que cae,
que limpia,
que arrastra,
que reverdece.

Y acepté el paisaje,
el paisaje que no era mío,
que me encerraba en cuatro paredes,
que me daba alta prisión,

con sólo el escape del cielo
y tal cual nube para sentirme mejor.

¿Qué hacer si el paisaje no era mío?
¿Qué hacer si nací de cara al mar?
Si el mar desgastado
había arrastrado la arena
y con ella los recuerdos conjurados.
Si la memoria no guardó nada,
si el olvido era línea confín.

Y sin embargo
durante años
creer en el olvido,
en la tierra perdida,
en el mar que lloraba,
en la imagen sellada.

Hasta que ya no se puede más.
Porque un día ya no se puede más.
Y entonces
al abrir la ventana
ves el alto perfil,
la nieve en los volcanes,
los árboles lejanos.

Y ese día,
ese día,
aceptas el paisaje.

Hija pródiga

Como hija pródiga he regresado a mis recuerdos:
he rebuscado los sencillos: los inalterados.

Dejé atrás ese sentir inconforme,
ese camino de brújula sin norte,
ese plato vacío de hambre insatisfecha.

Pedí un alto en el sollozo,
una pausa en el ocaso,
un olvido de lo cercano,
por una presencia de lo lejano.

¿Cómo retomar la historia quebrantada,
el punto escapado de la aguja?
Si ya no está mi padre para
contarme cuentos prodigiosos,
ni mi madre para enhebrar mi tejido.

Cuando he querido retornar, como hija pródiga,
el umbral traspasado era depósito de cenizas,
las columnas no sustentaban techo alguno
y puertas y ventanas habían escapado
hacia cielos de escombros de guerra perdida.

Ser hija pródiga no era no traer nada
sino ante el hogar devastado
ni siquiera hallar un rescoldo,
una piedra aún caliente,
un vaho, un retoño, una espiga.

Hundir las manos en las cenizas
y como antigua sacerdotisa
esparcirlas sobre mi cabeza,
y rasgar mis vestiduras
y dejar resbalar, por primera vez,
el llanto recuperado, lágrima a lágrima,
río tranquilo, trasparente cordón umbilical,
de la hija pródiga que ha encontrado al retornar
el espacio habitado de sus muertos amados.

Los cabalistas

Recibieron de lo alto la voz divina,
la chispa que incendia el corazón.

La palabra sólo la tradujeron de boca a oído
Nada quedó escrito
Sobre el agua o sobre el río sí.

Con los nueve atributos del Innombrable
más la esfera sin fin
dibujaron el árbol de la sabiduría.

La escala de la luz
El entorno en exégesis
Fuego negro en fuego blanco:

la página no dice lo que dice
sino lo que hay más allá de lo que dice.

Detenidos frente al lago,
las altas espigas en la orilla,
lanzan una piedra al punto equidistante
y los círculos concéntricos
van expurgando las vías del conocimiento.

Cada uno acoge la enseñanza
que cuidadosamente bruñe
entre diamantes tallados
para el iniciado que quiera adiestrar
su sonido y su memoria

y el sueño de todas las cosas.

Ángel

no cruza el mar sino vuela
no sube la montaña sino se posa
no fatiga la sierra del amanecer
no dora las nubes del desconsuelo

cruza, vuela, sube, fatiga, dora
el suave pienso de la melancolía

aguarda el llamado de voces ignotas
en suspenso del más leve sonido,
del cántico de las flores desconocidas
y del viento en la breve enramada

se columpia en el aire estremecido
se cuelga de un alero improvisado
junto a la gárgola es plena transparencia
y no tiene cuerpo porque no lo necesita

la verdad es que tampoco tiene voz
la música que lo anuncia no es suya
sino de las altas esferas del amor:
música que no es suya ni tampoco suena
música de campanilleros antes de empezar

suave vibrar del aire embebido
una contra otra las alas no son alas

es cierto que toca a la puerta
mas es un sonido que no se alcanza a oír

son sus dones, dones por la tierra
el dorado del trigo, el verde de la uva
el humo de la chimenea y el olor a pan:
el claro correr de las aguas entre riberas

sin forma, sin color, sin recipiente:
lo que puede decirse de él, es lo que no es.

Los cuerpos vestidos

Amo los cuerpos vestidos
sedosos, aterciopelados:
lana, lino, damasco, brocado
Acaricio las telas encubridoras
No busco la piel, busco el hilo
no busco la forma, busco el relieve
Elijo todos los colores
y niego la monocromía desnuda
Sobre el cuerpo único
coloco aves, paisajes y cielos
Envuelvo la geografía epidérmica
en sensaciones convertidas
Trasformo la ondulación en dibujo marino
el golpe del orgasmo en velos de tules

Cambio, revierto, escojo y altero
todos los tactos de todos los tejidos
de todos los telares de todos los mundos.

Amo los cuerpos vestidos.

Era una ciudad

No eran los sonidos de la ciudad los mismos.
Ni la luz de atardecer, ni el tiempo en que se encendía el alumbrado.
Saltaba de sorpresa en sorpresa como pequeño conejo acosado.
Las palabras sonaban a tambor destemplado.

Parecía idéntico el idioma y, sin embargo, era otro.
Idénticas las caras y eran otras.
Idénticas las danzas y las canciones, pero otras.

Lo que sonaba no se oía y lo que guardaba silencio atronaba.

Era una ciudad vuelta del revés. Sin principio ni fin: amontonada.
Y luego, grandes huecos: no de parques ni de jardines.
Grandes huecos entre casa y casa. Hoyos profundos mucho más que sepulturas en tiempo de guerra. Esqueletos de edificios, ventanas al vacío con jirones de cortinas, al aire, despeinadas. Los techos sobraban y los cables se enredaban a gusto y se desenredaban.

¿Por qué salía a pasear por la ciudad?
Salía porque ni un muro lo aprisionaba, ni una puerta lo encerraba. Al abrir los ojos ya estaba del otro lado y su cuerpo, torpemente, lo arrastraba. Evitaba columnas derribadas o pasaba sobre ellas esforzando al mínimo los músculos de su cuerpo. Estaba tan cansado.

Estaba tan cansado como rata de alcantarilla que ha escapado al terremoto y su mirada se desorbita.

¿De qué huía?
No era posible saberlo. De una destrucción de tiempos antiguos. De todas las catástrofes que el hombre ha inventado.

Si encontrara una cueva donde refugiarse.
Si encontrara un resquicio en el muro desordenado.
Por lo menos, un árbol frondoso, aunque no supiera cómo llamarlo.

Entonces llegaba al término de la ciudad. Se daba vuelta y repetía sus pisadas con cuidado, caminando entre bloques de piedra, artefactos fuera de lugar, hilillos de agua que escurrían por aquí y por allá.

El hombre, con su cansancio de milenios, se detuvo sobre el polvo y escribió con la yema de los dedos: "Era una ciudad."

Caleidoscopio

cristales de diminuta infancia recortada
prisioneros sin bagaje ni pasaporte
en una fuente se recoge el arco iris
imágenes simétricas en lento movimiento
mientras más lento, mejor

paralelas tijeras de todos los colores
no cortan sino reflejan nubes y cielo

en manos de un niño, de una niña,

cilindro de cartón, dueño de estrellas
reverberante sonido no aprendido
diamante agudo, raya en la puesta de sol:
ocaso espléndido, del que anuncia mal tiempo:
que es la muerte el paso glorioso

desmenuzados trozos en un soplo amados
aire del ventalle que, suave, los menea
brisa del atardecer entre los dedos
agita la cabellera sin pedir permiso

despierta con el leve ritmo cristalino
que no es agua de arroyo ni lo desea

encerrada cúspide, puerta de torrentes
vitral reducido a su mínima expresión
restos del medievo en la palma ceñidos
geométricas formas sin piedad, sin consuelo

caprichoso círculo estrellado de un golpe
espejo de espejos

encierro bizantino, torre desmantelada
en un punto alcanza su frágil estructura

nada es el caleidoscopio, salvo abismos
engaño del ojo y placer de la vista
imagen nunca compartida

pecado del solitario:
lo que ve nadie verá.

Ruibarbo

tajante sol de verano, sudorosa frente
el jardín se abre como una puerta salvaje:
recobro el monte perdido de la infancia,
las asfixiantes hierbas, las plantas intocables
belladona, cicuta, beleño, eléboro, cizaña

crecen y se enredan hojas con hojas, venenosas,
estranguladas, sin surco ni senda marcada
bulbos negros, estrías, sépalos confundidos
tallos enervantes que crecen sin parar

con la mano me abro camino y aparto el peligro
las altas ramas me atrapan y aún puedo alejarlas
me arrodillo a escarbar la tierra, a poner orden:
sobre mí se cierra el cúmulo de las tormentas

es inútil, no podré seguir adelante
mi cuerpo se fatiga, el miedo me apresa

días y días de trabajo perdido
ni una línea de horizonte aclarada

hasta que una buena vecina me dice
que sólo del ruibarbo haré mermelada.

Este poema apareció el 16 de mayo del 2020 en la revista en línea Diarios de Covid-19. N° 6, del 17 al 23 de mayo. <https://diariosdecovid19.com.mx/2020/05/16/los-cuatro-jinetes-de-la-corona/>

Los cuatro jinetes de la corona

Se abrió el pergamino de los siete sellos
no ayer sino hoy.

Cuatro jinetes saltaron de las páginas
cuatro caballos
blanco, rojo, negro y amarillo
no ayer sino hoy.

Salpicaron a su paso el aliento de la muerte
gotas de rocío, espuma, saliva
transparentes, de cristal.

Diamantes de la corona extraviados
signo de todo mal envuelto en dolor
el Invisible recoge su manto y los caballos
al galope no pueden ser detenidos.

Blanco sin principio ni fin, niega su luz
rojo de sangre en éxtasis derramada
negro de hambre desmaya los trigales
amarillo de muerte acecha en las esquinas.

No ayer sino hoy.

La corona de la creación se desmorona
no el Invisible
sino los invisibles
todopoderosos.

Entran y salen de uno a otro confín
espuma entre las manos batida
saliva que se esconde humillada
sola la esperanza del rocío baila
máscara de otros tiempos cubre
deseos de no ser reconocidos.

Como si así se ahuyentara
la corona de todos los tiempos
en este nuestro tiempo renacida
al galope de los cuatro caballos
enloquecidos.

No ayer sino hoy.